

la primera piedra, estoy seguro de que esta adúltera sociedad quedaría sin castigo, pero no corregida. Los hombres están ciegos y voluntariamente ciegos, y así dentro de poco vendrán otros mayores males; la guerra, la peste y el hambre son los azotes que Dios va á mandar sobre España, la Europa y el mundo entero, si alguno no detiene el brazo de su justicia. *Mundus totus in maligno positus est.* ¡Terrible profecía, que se cumplió á la letra á los dos años!



## CAPÍTULO IX

### DEL BIEN QUE HIZO EN LA DIRECCIÓN DE LAS ALMAS

1. Idea general. — 2. El Conde de Isla y Marqués del Arco. — 3. D. Bienvenido Monzón, Arzobispo de Granada. — 4. La Vizcondesa de Jorbalán ó la Madre Sacramento. — 5. Primera carta del Siervo de Dios á la Vizcondesa. — 6. La consuela en la muerte del P. Carasa y empieza á dirigirla. — Consejo del Padre Claret sobre una niña. — Envenenamiento de la Vizcondesa descubierto por el P. Claret. — 7. Varios documentos sobre la dirección espiritual de la Madre Sacramento. — Tres cartas importantísimas del P. Claret. — Nochebuena en el Colegio de la Vizcondesa. — Visión del P. Claret. — Descubre á la Fundadora de las Siervas de Jesús los designios que el Señor tenía sobre ella

1. Fuera de todo punto imposible enumerar las personas de distinción y más señaladas por su virtud ó por sus obras de celo á quienes dirigió en el espíritu el Siervo de Dios, y mucho menos ir siguiendo paso á paso los progresos que en la perfección hicieron encaminadas con la celestial prudencia que distinguía al P. Claret. Apenas se hallarán personas de mediana virtud que, viviendo por entonces en Madrid, no tratasen con el P. Claret los negocios de su alma. Todavía existen en esta coronada villa algunas personas que, desde el elevado puesto que ocupan, dan admirables ejemplos de virtud á los que los rodean y que confiesan que lo poco bueno que en sí tienen lo deben á la dirección del P. Claret. Entre otras muchas podría citar á la Excm. Sra. Condesa de Villalobos (1), modelo de matronas cristianas y madre del cristiano y caballeroso Marqués de Cerralbo; al Excmo. Marqués del Arco y Conde de Isla, que sin ruido ni vanidad alguna ha llevado á cabo costosas obras de piedad y celo en Segovia y

† (1) Poco después de escritas las anteriores líneas pasó la señora Condesa á mejor vida, asistida del Rdo. P. Superior de nuestra Residencia de Madrid.

en las posesiones del título de su Condado, y lo que es más, con su trato humilde, espiritual y prudente tiene edificadas á cuantas personas le han tratado de cerca, de lo cual son testigos muchas Casas y Colegios de nuestra Congregación. Yo mismo, en lo poco que he ejercitado el ministerio en esta corte, me he sorprendido al hallar no pocas personas de rara virtud y vida ejemplarísima que, sin conocerme siquiera como á individuo de la Congregación fundada por el Siervo de Dios, me decían emocionadas aún con el recuerdo de sus virtudes: "¡Cuánto bien hizo á mi alma el santo Arzobispo P. Claret! ¡Desde que hice con él confesión general estoy tranquila!,"

Los eclesiásticos más celosos que había entonces en Madrid se dirigían también por sus consejos; tales fueron, entre otros muchos, el que fué después Obispo de Oviedo, D. Benito Sanz, y el difunto Arzobispo de Granada, D. Bienvenido Monzón, uno de los Prelados más celosos de este siglo. Por la utilidad práctica que puede tener, sólo hablaré en particular de lo tocante á la dirección de este último, á la del Sr. Marqués del Arco y á la de la virtuosísima señora Vizcondesa de Jorbalán, fundadora de las Adoratrices, llamada en religión Madre Sacramento.

2. Del Sr. Marqués del Arco tenemos una carta en que, además de algunas cosas tocantes á las virtudes del Siervo de Dios, se refieren otras concernientes á la dirección espiritual. "Conocí,— escribe,— al Sr. Arzobispo Claret después de su regreso de Cuba. Desde entonces hasta su salida de España el año 1868 con la Reina Isabel, conservé con el ilustre Prelado constantes relaciones de amistad y fué mi director espiritual. No pretendo yo haber alcanzado la dicha de contarme entre sus íntimos amigos; pero sí tuve la buena suerte de merecerle repetidas pruebas de afecto, interés y aprecio, y entre ellas la muy señalada de tener siempre entrada franca en su casa. Es esto tan así, que recuerdo me recibió un día, presa su alma de gran tribulación; en su frente se leía: mi alma está triste hasta la muerte. "¡Oh, Sr. Arzobispo! —le dije yo un día que en Segovia me sorprendió en la escalera de mi casa con su visita." Y atajándome el saludo, me contestó con particular agrado: "El mucho amor que le tengo me trae aquí," palabras muy queridas que yo guardo en mi corazón.

"Otro día, al salir á despedirme en su casa de Madrid, ad-

virtió al Hermano de la Congregación que le servía que siempre que yo gustase podía conducirme á su tribuna (era ésta una tribuna que tenía la casa y que daba á la iglesia de Montserrat (1)."

Muy digno era, á la verdad, el Sr. Marqués de este particular aprecio con que el Sr. Arzobispo le distinguía, pues á pesar de su nobleza y de la opulencia de su casa, era muy sencillo y dócil en su trato, enemigo del fausto y de la grandeza humana, y bajo la prudente dirección del P. Claret llegó á tal grado de perfección, que su conducta podía servir de modelo á muchos religiosos. Tenía, es verdad, la casa adornada conforme á su jerarquía social; pero en sus habitaciones particulares resplandecía tal pobreza, que más parecía celda de fraile que morada de noble; en nuestra Casa-misión de Segovia dejó ejemplos admirables de humildad y de todas las virtudes; varias veces se retiraba allí por algunos días con los nuestros y hacía vida perfectamente común, como si fuera el último de los Hermanos coadjutores; hasta se acusaba públicamente, en medio del refertorio, de las faltas contra las reglas, y pedía penitencia por ellas, y como si esto fuera poco, pidió que le permitiesen llamar á la Comunidad por la mañana al levantarse, lo cual, para satisfacer su humildad, le fué concedido algunas veces. Y no se crea que todo esto fuese fruto de su simplicidad y llaneza, porque pocas personas habrá en su clase tan instruidas como él en las letras humanas y de tan consumada prudencia. Mucho más diría de los progresos que hizo en la virtud el Sr. Marqués bajo la sabia dirección de nuestro Padre, si no temiera ofender su modestia, pues vive aún, aunque muy anciano, y es fácil que lea estas líneas. Sólo añadiré lo que el mismo D. Joaquín de Isla Fernández dice en la carta ya citada tocante á la prudencia con que le dirigía el Sr. Claret: "El Sr. Arzobispo era,— dice,— muy amable y cortés en su trato; en la dirección de las almas y en los consejos que daba á las personas que le iban á consultar en sus dudas, muy previsor. Mostraba siempre gran prudencia y discreción, pudiendo yo dar testimonio de esto por experiencia propia. Recuerdo á este propósito que me señalaba

(1) Carta del Excmo. Sr. Marqués del Arco al Rdo. P. Jaime Clotet, 14 de Septiembre de 1881.

una vez un peligro que se encontraba en mi camino, y viéndome sin duda harto confiado, me decía: "Cuidado, viva usted alerta; mire Ud. que dice San Felipe Neri que el diablo es un gran pintor..." Era vivo y pronto en la respuesta: dolíame yo una vez con él de cuán amargo y desabrido era el recuerdo de los pecados cometidos, y luego al punto me contestó: "No es ningún plato de gusto haber ofendido á Dios (1)."

Cree el Sr. Marqués que á las oraciones del Siervo de Dios se debió la prolongación por algunos años de la vida de su padre. "Sufrió,—escribe,—mi señor padre, en Agosto del 64, un ataque apoplético en Segovia, que se cortó por de pronto; celebraron una consulta tres de los facultativos de más nota de la ciudad, y todos tres estuvieron conformes en que el ataque se repetiría á las veinticuatro horas y que el enfermo sucumbiría. Se confesó éste, recibió á S. D. M. é hizo testamento, testamento bajo el cual murió años después. Estaba en aquella sazón la Corte en La Granja, y aquella misma mañana vino á visitarnos el Sr. Arzobispo, ignorante de lo que pasaba; vió al enfermo, oró por él y le dió su bendición. El ataque, contra lo pronosticado por los facultativos, no se repitió, y mi padre tuvo una feliz convalecencia. Hablando yo después con el Sr. Arzobispo de lo bien que había quedado mi Padre, sin rastro ni reliquia alguna de la enfermedad sufrida, me dijo: "Mire usted, creo entender algo de enfermos, y su padre de Ud. es uno de los pocos que han salido contra lo que yo esperaba; la mañana que yo vi á su padre de Ud. su pulso era un pulso de muerte (2)."

3. Otra de las personas que más adelantaron bajo la dirección del P. Claret fué el difunto Arzobispo de Granada, Don Bienvenido Monzón, que murió estando ya preconizado para la metropolitana de Sevilla. La primera vez que se conocieron fué en Toledo, adonde el Siervo de Dios había ido acompañando á la Reina. He aquí cómo lo cuenta el mismo Sr. Arzobispo de Granada en su carta de 14 de Enero de 1880, dirigida al Superior General de nuestro Instituto: "Aunque yo no conocí ni traté á este señor (al Sr. Claret) hasta que regresó de América, siempre había oído hablar de él como de un va-

(1) Carta del Sr. Marqués del Arcó, 14 Septiembre de 1881.

(2) Carta ya citada.

rón apostólico, de un sacerdote ejemplarísimo, de un modelo de Obispos y Prelados y de un hombre justo y santo, devorado por el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Mas habiendo ido él á Toledo con la Reina, hallándome yo de Canónigo lectoral de aquella Santa Iglesia Primada, tuve la buena suerte de hospedarle en mi casa, y desde entonces empecé á tratarle con intimidad y con frecuencia. Hice con él mismo confesión general y tuve muchas y largas conferencias sobre las cosas de mi vida y de mi espíritu, y él me honró y distinguió siempre con tan estrecha amistad y cordial afecto, que me confió más de una vez sus más secretas penas y alegrías, y cuando trató ya formalmente de dimitir el Arzobispado de Santiago de Cuba, me llamó á Madrid y me dijo que me había significado y propuesto á S. M. y á la Nunciatura para que le sucediese en aquella Silla Metropolitana, lo cual, gracias á Dios, no pudo realizarse por motivos cuya expresión no pertenece á este lugar (1)."

El afecto que el Sr. D. Bienvenido Monzón profesaba al Padre Claret era entrañable, y esto no por otra cosa sino porque estaba prendado de sus virtudes. En los años que vivió en Madrid al mismo tiempo que el Siervo de Dios, no se confesaba con otro ni hallaba consuelo para las penas interiores que padecía con otro que con él. Hallábase una vez enfermo y le mandó llamar, por medio de su capellán, para tratar con él de cosas de Dios. El santo Prelado fué sin replicar y estuvo animándole y consolándole mucho rato. Era D. Bienvenido muy delicado de conciencia, y el Señor, sin duda, para purificarle más y más de sus faltas y levantarle á más estrecha unión con Él, permitió que le atormentasen ciertos escrúpulos, que nadie podía tranquilizar sino el P. Claret. Por esta causa, durante su enfermedad enviaba con frecuencia á D. Joaquín Torres Asensio, que era su capellán, á rogar al Siervo de Dios que viniera á visitarle. El P. Claret no se negaba; mas al fin, como los escrupulillos del sabio y timorato Arzobispo le ocupaban sobrado tiempo, que él necesitaba para cosas de más monta, determinó darle con prudencia una lección, y fué así. Hacía muy poco que el Excmo. Monzón se había confesado con el Siervo de Dios, cuando envió nuevamente á su capellán para

(1) Carta del 14 de Enero de 1880

suplicarle fuera á verle. El P. Claret, cuando el Sr. Asensio le dió el recado, preguntó con modestia y con cierto aire de sorpresa: "Pero ¿está muy grave, está muy grave? Porque no puedo perder el tiempo." Fué, no obstante; pero D. Bienvenido, aleccionado de esta manera, procuró no distraer tan á menudo al Siervo de Dios de sus graves ocupaciones (1).

Por lo demás, todos conocen bien quién fué este preclaro Arzobispo de Granada, á quien el Siervo de Dios pegó gran parte del abrasado celo y de la caridad que le distinguía. Por su parte, D. Bienvenido veneró siempre al P. Claret como á un santo, le amó como á padre y por respeto de él amó á sus hijos los Misioneros con gran ternura, como lo probó con los tiernos y cariñosos abrazos que dió á nuestro Rmo. P. General cuando fué á Granada para tratar con él de la Casa-misión que dicho Sr. Arzobispo quería establecer en su diócesis.

4. Parece que los santos instintivamente se conocen. El Padre Claret comprendió claramente el espíritu de las personas más virtuosas de su tiempo, y alumbrado con el don de discernir las conciencias, adivinaba en seguida dónde se hallaba la verdadera y sólida santidad y dónde la fingida ó de relumbrón. Claro se vió esto en la dirección de la virtuosa Vizcondesa de Jorbalán, fundadora del Instituto de Señoras Adoradoras del Santísimo Sacramento.

Nació esta señora el 1.º de Enero de 1809, un año y ocho días después que el P. Claret, de una de las primeras familias de la grandeza española. Hermana del Conde de la Vega del Pozo, era de genio vivo y altanero; pero la gracia del Señor, que la previno desde su más tierna infancia, moderó su carácter impetuoso é hizo de ella primero una dama cristiana, que edificó con sus ejemplos de caridad las cortes de España, Francia y Bélgica, y luego una verdadera santa, que con constancia heroica sufrió las más atroces calumnias y persecuciones por no retroceder de la obra caritativa que había emprendido para la salvación de las personas más desdichadas y abandonadas de la sociedad, como son las jóvenes infelices que, después de arrastrar por el lodo su honra y su salud, hallan casi siempre cerradas las puertas al arrepentimiento, por el desprecio con que las mira el mismo mundo que antes

(1) Relación de D. Joaquín Torres Asensio, Chantre de la Catedral de Madrid.

las halagaba para perderlas. Metida la Vizcondesa en esta obra salvadora, había fundado en Madrid un Colegio, donde á su costa y con el auxilio de las limosnas de sus amigas daba instrucción religiosa y amaestraba en las labores de su sexo á varias jóvenes arrancadas al libertinaje. Al principio sólo consagraba á este objeto su fortuna; pero en 1850, en vista de los muchos disgustos que le habían acarreado las personas puestas por ella al frente del Colegio, y de que éste sólo andaba bien cuando ella estaba presente, se resolvió á consagrarle también su persona. Desde entonces hasta 1856 padeció innumerables disgustos de dentro y de fuera; las calumnias que levantaron contra su virtud los mismos que más le debían fueron tales, que muchas personas buenas y celosas cayeron en la red; hasta el prudente P. Carasa, que era su director espiritual y que conocía perfectamente su espíritu, por justa permisión del Señor llegó á vacilar algunos días, creyendo de ella ciertas cosas que le habían contado personas de quienes por su traje y fama nada podía sospechar, aunque bien pronto se desengañó. Sólo el P. Claret no dió jamás oídos á lo que de ella calumniosamente se decía, y hallándose todavía en las apartadas regiones de Santiago de Cuba aprobó el espíritu de la Vizcondesa y la animó y consoló, y deseaba tenerla en su Arzobispado para fundar en él un Colegio semejante, cuando todavía no se pensaba en fundaciones de este género. Tengo á la vista algunas cartas de nuestro venerable Fundador dirigidas á la señora Vizcondesa, que creo esclarecerán algunos puntos de la vida de ésta al paso que harán patentes las relaciones que mediaron entre estos dos santos Fundadores.

5. Ya antes de ir el P. Claret de Arzobispo á Cuba, cuando estuvo de paso en Madrid, llegaron á conocerse. La Madre General que hoy día está al frente del Instituto, y es hermana de uno de nuestros Padres Misioneros, me ha contado que en esta ocasión la Vizcondesa, á las repetidas instancias del Padre Claret, se decidió á visitar los hospitales y venció de este modo la grande repugnancia que por educación y carácter tenía á los pobres y á los enfermos. Al principio le costó el vencerse estar algún día en cama, pero luego el Señor le dió fortaleza para hacer en esa materia actos heroicos como los que se leen de los más grandes Santos. Así de las primeras

relaciones del Siervo de Dios con la aristocrática dama resultó el que ésta triunfara de su pasión dominante, que era la altivez y extremada delicadeza, de lo cual quedó siempre la ilustre señora muy agradecida al Siervo de Dios.

Á principios de 1853, cuando más angustiada se hallaba la Vizcondesa en su Colegio y más perseguida hasta de las personas celosas é ilustradas, que no veían en su proyecto más que una manía loca, se acordó de él y le escribió una atenta carta, pidiéndole que la favoreciese en lo que pudiera, y además se dignara examinar las Constituciones de su Instituto, que junto con ella le enviaba. Todo esto se infiere claramente de la respuesta que le dió el Siervo de Dios desde Santiago en carta fechada á 13 de Mayo de 1853. Dice así:

“Á la señora Vizcondesa de Jorbalán. — Santiago, 13 de Mayo de 1853. — Muy apreciada señora. Por este correo he recibido su muy apreciada con las Constituciones que usted se ha dignado enviarme; las he leído, y me *han gustado mucho*. He participado lo que Ud. me encarga á D. Juan Lobo, y los dos estamos en hacer alguna cosa á favor de esa Casa, aunque no puedo hacer lo que deseo, porque mis rentas no son para los pobres y necesidades de Madrid, sino para los de Cuba, que son muchos después de los terremotos y epidemias. Y dice Santo Tomás de Villanueva que el Prelado ha de pensar cómo remediar á los pobres de su diócesis y no á los de diócesis ajenas, porque no éstos sino aquéllos le ha encargado el Señor: y no está bien privar á los hijos del pan para darlo á otros.

„Yo muchas veces he pensado y hablado de Ud., de la Casa y del grande bien que se hace... ¡Ojalá la tuviera yo en mi Arzobispado! Anímese, pues, que el Señor no la desamparará; es obra suya, y si es menester hará milagros, como hizo con los hebreos en el desierto y cada día con los cristianos que confían en Él y no en los hombres.

„Tenga la bondad de decir á esas pobrecitas que me tengan presente en sus oraciones, porque aunque hayan sido pecadoras, si son de corazón contrito y humillado, Dios no las despreciará, antes al contrario, quizá por su fervor y devoción merecerán antes la comunicación de Dios que aquellas almas que nunca pecaron, como se sabe de María Magdalena, que antes vió á Jesús resucitado que las demás Marías y aun

que los Apóstoles, que es cosa para alabar la misericordia de Dios.

„Soy de Ud. afectísimo y seguro servidor.—*El Arzobispo de Cuba.*”

¡Cuán distinto lenguaje oía al mismo tiempo en Madrid la pobre Vizcondesa! Sin duda esta carta debióle servir de mucho consuelo, cuando casi todos la desamparaban y hasta ella misma había llegado á desconfiar de su obra, pensando si acaso no sería de Dios. Por la carta que precede se ve claro que las conjeturas que hizo D. Vicente Lafuente al escribir la vida de la Vizcondesa, sobre que ésta no escribió sus Constituciones hasta el 56 ó el 57, son enteramente falsas, y á buen seguro que no las hubiera hecho si hubiera podido leer el precedente documento. Esto mismo prueba además que la ilustre señora comenzó ya á mirar á su Colegio desde entonces, ó mucho antes, acaso desde que tomó definitivamente por sí misma su gobierno, como la primera casa de un nuevo Instituto, á lo cual no se inclina tampoco el juicio de dicho autor, sin duda por falta de documentos (1).

6. Cuando el P. Claret estaba ya en la Habana de vuelta para España, adonde había sido llamado por la Reina, recibía ésta por vez primera á la Vizcondesa de Jorbalán, la cual, venciendo su altivo carácter y su orgullo aristocrático, se presentó en Palacio con el humilde vestido de religiosa, en medio de las cuchufletas y malignas risitas de los cortesanos; mas “la Reina la recibió con la mayor bondad y cariño. La Vizcondesa le habló verdaderamente al alma y sólo de Dios; estaba ya en su carácter y en su terreno. Díjole la Reina que había hecho venir á España á un Sr. Arzobispo muy sencillo y muy virtuoso que estaba en la Habana, y que iba á hacer confesión general con él. Ni una ni otra se podían figurar que, al venir el señor Claret á España para director espiritual de la Reina,

(1) Y ya que tratamos de rectificar algunas inexactitudes y aun errores en que incurrió de buena fe D. Vicente Lafuente al escribir la vida de la Vizcondesa, apuntaré dos más. En el cap. XXVII, pág. 223, supone que el Sr. Lobo entró en la Cempañía de Jesús en 1850, lo cual es falso, porque entonces fué con el P. Claret á Cuba, en donde éste le tuvo como su Vicario general y Provisor por unos seis años. En el cap. XXXVII, pág. 315, supone que el P. Claret, á fines de 1856, era ya Arzobispo dimisionario de Cuba, lo cual es también falso, pues entonces se hallaba aún en Cuba y no había sido llamado todavía á España.

venía también á serlo de la Vizcondesa, y para consuelo suyo cuando le faltase la atinada dirección del P. Carasa, que estaba ya próximo á morir (1).»

El P. Carasa murió efectivamente á principios de 1858, y desde entonces se encargó el P. Claret de la dirección espiritual de la Vizcondesa y de su casa de Madrid, pues á más de ésta estaba ya entonces fundada la de Zaragoza. Ya antes de la muerte del P. Carasa, la Vizcondesa y sus hijas habían consultado á nuestro Padre varios asuntos de importancia, tanto más cuanto que aquél, por hallarse muy postrado en los últimos meses de su vida, no podía atender á la Vizcondesa siempre que era menester. El mismo P. Carasa trataba muchas veces con el Siervo de Dios los negocios tocantes á la dirección de la Vizcondesa, y puede decirse que desde que éste llegó á Madrid fué, junto con aquél, su director espiritual. Por las declaraciones que hicieron algunas señoras Adoratrices ante el tribunal ordinario, sabemos una curiosa anécdota que pone de manifiesto lo que acabo de afirmar. Según me dijo la Madre María de la Consolación, Superiora general del Instituto, dichas Hermanas atestiguaron que la Madre Sacramento todos los días, á las cuatro y media de la tarde, en dondequiera que se hallase, oía cantar á los ángeles el Trisagio. Comunicó la Vizcondesa esta merced del Señor con el P. Carasa para saber lo que aquello podía significar, y éste á su vez dió cuenta de ello al P. Claret, y entrambos convinieron en mandar á la afortunada Madre rogara al Señor les hiciera oír también á ellos el Trisagio cantado por los ángeles. Obedeció la Vizcondesa, y un día, poco antes de la indicada hora, se escondieron el P. Claret y el P. Carasa en una pequeña habitación contigua á la en que la señora estaba trabajando en sus labores, y apenas dieron las cuatro y media, fueron maravillosamente también ellos recreados con las armonías angélicas que repetían: *Santo, Santo, Santo*, etc. De aquí nació la piadosa costumbre que tienen las Adoratrices de rezar todos los días el Trisagio á las cuatro y media de la tarde dondequiera que las sorprenda la hora.

Por esta parte activa que el Siervo de Dios tenía en la dirección espiritual de la Vizcondesa, aun en vida del Padre

(1) *La Vizcondesa de Jorbalán*, por D. Vicente Lafuente, cap. XXX, pág. 259.

Carasa, cuando murió éste, el tránsito de una dirección á otra fué muy suave y natural; sin embargo, el santo Arzobispo, que conocía bien el afecto que la Vizcondesa profesaba á su difunto director, para consolarla, le escribía en 31 de Julio siguiente: “Ya ve cómo el Patriarca San Ignacio se ha querido llevar al cielo á su hijo el P. Carasa: dichoso él que ya ha concluido su carrera, y más dichoso aún porque ha empezado la eternidad feliz. Yo creo que Ud. llorará su pérdida; pero ha de entender que no lo ha perdido; sólo, sí, ha mudado de casa: de su casa de Ud. se ha ido á la casa de la eternidad feliz, y desde el cielo aún hará más por Ud. que no hacía aquí en la tierra.”

Entregada desde entonces la Vizcondesa con toda confianza en los brazos de su nuevo director, le manifestó todos los secretos de su alma, sus penas y amarguras y consultó con él los graves asuntos que en el Colegio á veces se le ofrecían. Y no fué poco lo que le aprovechó semejante dirección, pues gracias al apoyo del P. Claret cesaron la mayor parte de las contradicciones y calumnias que en los siete años anteriores le habían hecho padecer un horroroso martirio, y delante de todas las personas de virtud fué en adelante tenida en muy buen concepto. haciéndole benéfica sombra la esclarecida virtud del Prelado Misionero, que cabalmente en aquellos primeros años tenía avasallado á todo Madrid con la fuerza y unción de su apostólica palabra. Por consejo del P. Claret despidió la Vizcondesa de su Colegio á una niña verdaderamente diabólica que, á pesar de sus tiernos años, había cometido con refinada malicia los crímenes más abominables y que había estado á punto de estrangular á una de sus maestras. Con sus taimadas gazmoñerías había llegado á embaucar á algunas buenas señoras, pero tontas, que no querían creer las maldades que de ella se contaban, y que después pagaron caro el albergue que le dieron cuando la Vizcondesa, por cumplir el consejo del P. Claret, la sacó del establecimiento en donde sólo servía de escándalo (1).

Otra vez, una de aquellas perversas criaturas que ella había sacado del fango de su ignominia echó veneno en el café de la

(1) *La Vizcondesa de Jorbalán*, por D. Vicente Lafuente, cap. XXIX, página 253.

Vizcondesa, y cuando ésta fué á tomar su modesto desayuno advirtió el mal sabor y sintió cierta displicencia, aunque no supo atinar en lo que era; antes, pensando no sería nada, lo tomó por no privarse de aquella mortificación. Mas á los pocos instantes la bebida fatal la puso á las puertas de la muerte, con gran espanto de los facultativos, que no sabían atinar en la causa. El P. Claret, al tener noticia del triste suceso, acudió en seguida, y con sólo ver á la paciente le dijo al punto que estaba envenenada, pero que no tuviese cuidado, pues antes de tres días estaría buena, y así fué (1).

7. Por un papelito manuscrito del P. Claret enviado á la Vizcondesa se ve que ésta se valía de aquél para las audiencias que deseaba tener con la Reina, pues en él le comunica el Siervo de Dios la hora en que la Reina le había dicho que podría ir á verla. El P. Claret, que conocía bien el espíritu de la Madre Sacramento y lo mucho que valían para con Dios sus oraciones, se encomendaba á ella con frecuencia, y para estimularla á que rogase más y más por él le participaba sus tareas apostólicas por medio de cartas edificantes, entre las cuales se conservan tres que no puedo omitir por su importancia.

La primera está escrita desde León, en donde se hallaba el Padre Claret con la Reina, y lleva la fecha de 28 de Julio de 1858. Dice así: "Muy apreciada señora en Jesucristo: La presente es para decir á Ud. que me encomiende á Dios con todo el Colegio para que me dé las gracias que necesito para cumplir su santísima voluntad. Por todos los pueblos por donde pasamos me piden que les predique; así, que desde que salimos de Madrid á lo menos he predicado dos sermones cada día, algunos tres y otros cuatro; predico al pueblo, á los sacerdotes que vienen de los pueblos de la redonda, á las monjas, á las Hermanas de la Caridad y á los señores y después á las señoras de las Conferencias de San Vicente. Sólo hoy he predicado de noche; los demás días predico sólo por la mañana hasta el mediodía, que voy á ver á SS. MM., y como por las mañanas no salen de casa, la gente del pueblo se ocupa en oír la divina palabra. Consérvese buena y mande á su afectísimo servidor y capellán, etc."

La dirección de la carta precedente llama aún á la señora

(1) *La Vizcondesa de Jorbalán*, cap. XXXII, pág. 277.

con el título de Vizcondesa; mas en la siguiente, que es del 25 de Agosto del mismo año, se dirige á ella con el nombre que tomó en religión de Madre Sacramento. Á más de la importancia que tiene porque el Siervo de Dios descubre en ella sus trabajos apostólicos á la vuelta del viaje de Asturias, es interesante por lo que se refiere al timbre que como distintivo de su Instituto deseaba usar la Madre Fundadora, y por otras cosas tocantes á su dirección. "Gijón, 25 de Agosto de 1858.—Muy apreciada señora en Jesucristo: Ya le dije días pasados cómo me voy ocupando en esta viajata, y desde entonces voy siguiendo lo mismo, predicando todos los días dos ó tres sermones. Como en ésta de Gijón se detuvieron SS. MM. y AA. para tomar los baños, yo empecé la Misión, que se concluyó el día 15, predicando todos los días y confesando mañana, tarde y noche. En dicho día 15, por la mañana, á las ocho, hice la plática y di la sagrada comunión, á las once hice el panegírico de María Santísima en la Misa mayor, á que asistieron sus Majestades y me oyeron por primera vez, y por la tarde, á las cinco, hice el sermón de conclusión; luego empecé los ejercicios ó pláticas, precedidas de meditación, á los sacerdotes, que se reunían unos cuarenta del pueblo y sus alrededores. Este pueblo tiene unas cinco mil almas y además muchas aldeas cercanas; así es que se reunía cada día mucha gente.

„Anteayer por la tarde SS. MM. salieron para Avilés para ver una grande fundición que los belgas tienen allí de cinco minas de carbón de piedra; quisieron que yo fuese á acompañarles. Está población dista de Gijón algunas siete leguas, tiene mucha gente en el pueblo y su campiña; yo prediqué por la mañana en las Conferencias de San Vicente, y á las nueve y media al pueblo á un gentío inmenso; después, por la tarde, fuimos á ver la fundición y minas. SS. MM. bajaron á la de carbón, hasta el extremo en que trabajan los mineros muchos metros debajo del mar, y está la Reina muy complacida por esta hazaña, que no dudo que la referirá muchas veces durante su vida; después nos volvimos á Gijón; llegamos á las doce de la noche; sin cenar nos fuimos á la cama para poder celebrar hoy la santa Misa, la que, gracias á Dios, he celebrado, y me he puesto en el confesonario sin poder concluir la gente; pasado mañana salimos para Covadonga.

„Recibí de Ud. dos cartas: la una contestaba á la que yo le